

## XXV

Orkhan proseguia en medio de sus conquistas la organizacion militar, civil y religiosa del islamismo en sus vastas posesiones de Asia. Como Constantino y Carlomagno, transigió bastante con el fanatismo supersticioso del culto que tanto le habia servido. Los derviches, palabra que significa *umbrales de la puerta*, porque viven encerrados en casa, dedicados exclusivamente á pensar en la vida futura, y los fakires, palabra que quiere decir *pobres voluntarios*, porque viven de las migajas de los ricos, fueron tratados por él con mucha deferencia y credulidad. El clero mahometano, multiplicado y á veces dominado por auxiliares cuyo número nunca disminuía, comenzó á contrabalancear á menudo todos los poderes y á corromper la sencillez de la religion del profeta con tradiciones populares y prácticas importadas de la India.

Mahoma, testigo en sus viajes por Siria del acrecentamiento desmedido de los monasterios cristianos, de los milagros fabulosos y de las groseras

creencias con que aquellos ignorantes solitarios infectaban los dogmas puros del Evangelio, habia presentado que podia correr aquel peligro su culto, y habia dicho: « Nada de frailes en el islamismo; » y aquellas palabras habian sido obedecidas al principio. Pero bajo los khalifas que le sucedieron, ménos vigilantes que el profeta, y ménos atentos á evitar todo lo que estimulara á los árabes á caer en su antigua idolatría, los fakires se habian superpuesto como una lepra al mahometismo.

Otras palabras del Coran: « La pobreza es mi gloria, » habian sido interpretadas por los doctores de Medina, de Bagdad y de Damasco como una excitacion á la vida ascética y á la piadosa mendicidad. Esto, segun las eruditas investigaciones de Hammer en Turquía, en Arabia y en Persia, dió oírgen á treinta y seis órdenes religiosas. Para los unos, el ardor de la perfeccion mística que se habia propagado de las Indias á las costas del golfo Pérsico; para los otros, el afan de menospreciar lo que desea el comun de las gentes; para estos, el respeto de los pueblos siempre dispuestos á inclinarse delante de aquello que los admira, para aquellos, las dulzuras de esta ociosidad sedentaria ó vagabunda que cosecha donde no ha sembrado, habian sido los móviles de aquella multiplicacion de los frailes mahometanos.

El ejemplo de los ermitaños, de los cenobitas de los monasterios cristianos, que cubrían el país conquistado de los griegos, les hacia creer que no habia religion si no existian tales abusos y tales excesos de piedad. Pronto rivalizaron en número y exaltacion con las Tebaidas del Egipto, las grutas del Líbano, las cavernas del monte Athos, en donde montañas enteras estaban labradas como colmenas por aquellas abejas ó aquellos zánganos del monaquismo cristiano. La fama de santidad, de que gozaban aquellos solitarios, se atribuyó igualmente entre los mahometanos á las costumbres y á la severidad de los dervises.

El primer monasterio de esta órden habia sido fundado en Arabia por un fanático llamado Ouweis, que se habia arrancado todos los dientes en memoria de los dos que habia perdido el profeta de un golpe de venablo en su segundo combate contra los idólatras. Esta mutilacion, imitada luego por algunos compañeros de Ouweis, habia sido reemplazada en Bagdad con otras prácticas ménos crueles. Los dervises honrados por los khalifas tenian allí tanto imperio, que Bagdad era llamada la ciudad santa.

Los dervises giradores, que buscan el vértigo de sus visiones en furiosas evoluciones en torno de sí mismos, como los frailes griegos de Constantinopla

reciben el vértigo de la vision de la luz increada del monte Tabor en la inmóvil contemplacion de su ombligo; los dervises gritadores, que se exaltan con sus alaridos hasta el delirio, y que caen en tierra como las pitonisas antiguas cansadas de sus furores sagrados; los dervises discípulos de Inder-Baba-Reden, que se embriagaban con el haschisch, extracto de plantas venenosas cogidas en las gargantas del Thibet ó del Taurus; los dervises sectarios de Abul-Hassan, que fué el primero que descubrió las virtudes excitantes de los granos del café, arbusto de las asperezas de Moka; los dervises poetas, apóstoles de Alaeddin, el David de los musulmanes, que cantaba en verso las grandezas y las misericordias de Dios, y que santificó la poesia con la piedad; todas estas órdenes, fanáticas las unas, ridículas las otras, útiles algunas al renacimiento de la literatura árabe entre los conquistadores turcos, habian pululado en el monte Olimpo y en Brusa.

El reino de Orkhan vió nacer otros muchos. Los unos son juglares que hacen florecer ramas secas plantadas en la tierra, que juegan con el fuego ó amansan serpientes como los *psylos* de Egipto; otros imitan las misteriosas iniciaciones de Hermes, de Pitágoras, de los frac-masones.

Cada uno de los jefes de estas órdenes legó su es-

Los rápidos progresos que hicieron los otomanos en aquel largo reinado de cuarenta años en jurisprudencia, teología, elocuencia, historia y poesía, han hecho calificar á Orkhan como un san Luis bárbaro de los turcos. Brusa entera es hoy mismo un espléndido sepulcro consagrado á conservar sus cenizas y su memoria.

La naturaleza que queria hacer prosperar rápidamente á este pueblo, para llenar el vacío que el decaimiento del imperio bizantino dejaba en Asia, en Africa y en Europa, parecia que habia dado alternativamente á los otomanos un jefe belicoso como Othman, y un príncipe legislador como Orkhan, para conquistar en un reinado y civilizar en el otro á los mismos conquistadores.

El retrato que los historiadores turcos y cristianos hacen de Orkhan corresponde con el carácter de inteligencia, de dulzura y de majestad patriarcal que se atribuye á su reinado en la familia de los sultanes.

Aunque tuviera como su padre Othman la nariz arqueada del águila del Taurus, las cejas negras y pobladas, los cabellos blondos de su raza, los ojos azules de un hijo de las estepas, la frente espaciosa, los labios abultados, anchos los hombros, los brazos largos, robusto el cuerpo sobre piernas cortas, la rudeza de los Tártaros habia desaparecido en él bajo

la gracia de su fisonomía. La belleza de su madre Malkatun se reflejaba á través de su tez blanca y delicada. Tenia el gesto noble, la voz suave; se descubria al rey bajo el emir; un signo negro y aterciopelado de pelos rubios entre la mejilla y la oreja, que le venia de Malkatun, signo que los orientales consideran como un símbolo de felicidad escrito sobre el cutis, es comparado por los historiadores contemporáneos á un grano de adormidera en una copa de leche. Ellos atribuyen el buen éxito de sus empresas, las conquistas de su reinado, el brillo de sus últimos años á ese signo en el cual ven todavía los árabes un presagio. La historia los atribuye á un talento y á la excelente educacion, propia de las circunstancias, que le dió su abuelo, el sabio Edebalí; talento y educacion que consideraba como la doble punta de su espada, los dos horizontes de Brusa, su capital; por la parte salvaje el Asia y sus intrépidos compañeros de armas; por la parte culta, la Europa y su civilizacion refinada, que iba él á conquistar con la fuerza, al paso que rivalizará con ella por el cultivo intelectual.

Murió como Moisés, con los piés todavía en Asia, pero con los ojos en Europa, dejando á sus hijos el doble ejemplo de su ardor para subyugar lo que le oponia resistencia, y de su paciencia para aguardar

la descomposicion de lo que se doblégaba ante él; activo y lento á la vez en reemplazar en Europa la sombra del imperio que aun la obstruia, aunque hacia tiempo que ya no la alentaba.

## LIBRO QUINTO

## I

Amurat ó Murad 1º, hijo segundo de Orkan, habido con su primera esposa Nilufer, fué proclamado emir de los otomanos por derecho de nacimiento. Orkhan, que reservaba su herencia para Soliman, no habia ofrecido á Amurat las ocasiones de distinguirse, ni los gobiernos de provincia, que preparan á reinar. Hasta la muerte de Soliman, habia temido que se introdujeran entre los dos hermanos rivalidades y competencias que pudieran dividir á los otomanos. Algunos consejeros habian tratado de ha